

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo, Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

## SERMON

PARA LA FIESTA DE LA EPIFANÍA.

Et apertis thesauris suis obtulerunt ei munera, aurum, thus, et myrrham. Matth., II, 11.

Y abiertos sus tesoros, le ofrecieron dones, oro, incienso y mirra.

El Hijo de Dios se ha hecho hombre y ha nacido en un establo. Trece dias habian trascurrido desde que tuvo lugar este acontecimiento cuando vinieron del Oriente unos Magos conducidos por una estrella milagrosa, y así que llegaron al lugar donde estaba el Niño, rindiéronle adoracion, y abriendo sus tesoros, le ofrecieron oro, incienso y mirra.

En esto consiste la vida eterna del hombre y la dicha temporal de las naciones, en conocer á Jesucristo y rendirle los homenajes que le son debidos. Los Magos nos enseñan con su con-

ducta y con sus dones que Jesucristo debe ser adorado como Dios, obedecido como Rey y amado como redentor. Hé aquí la suma de nuestros deberes para con Jesucristo, enviado del Padre, á restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra. Debemos ofrecerle oro, incienso y mirra: el oro de la obediencia por que es nuestro Rey, el incienso de la oracion y del sacrificio por que es nuestro Dios y la mirra de la mortificacion porque es nuestro Redentor. Amor, obediencia, gratitud, hé aquí los homenajes que debemos á Jesucristo, y cuyo cumplimiento es la condicion de nuestra dicha temporal y eterna.

En efecto: la dicha temporal y eterna del hombre consiste en adorar á Jesucristo como Dios, en obedecerle como Rey, y amarle como Redentor.

El hombre no puede menos de adorar á Dios. Si no conoce al verdadero Dios, se forjará un Dios á su capricho para rendirle

adoracion. En otros tiempos, antes de la venida de Jesucristo; á la otra parte del establo, ya que los hombres habian perdido el conocimiento del verdadero Dios y adulterado la doctrina tradicional acerca de sus divinos atributos y de los homenajes que debian tributarle, se forjaron una multitud de divinidades, llegando el frenesí de la supersticion hasta el punto de que todo fué adorado como Dios menos el Dios verdadero.

Ahora, en estos tiempos que se llaman por antifrasis, de ilustracion y de progreso, hay hombres que proclaman el ateismo y niegan á Jesucristo su divinidad, su realeza y la redencion, obrada por él al precio de su vida que dió voluntariamente en la Cruz por toda la humanidad. Pero nada que estos hombres tienen sus dioses, hechura de sus manos, y profesan una religion, engendro de su razon extraviada y se prosternan ante mil ídolos de barro. No creen en Jesucristo, y creen ciegamente en un hombre quizá ignorante, y de seguro, vicioso y corrompido. Rechazan las doctrinas de Jesucristo, á titulo de que humillan su razon y encadenan su espíritu, y se entregan á la dictadura humillante de un charlatan ó de un sofista sin entrañas que se complace en pervertir y embrutecer á sus semejante. No quieren adorar á Jesucristo, y adoran á los demonios; desprecian las prácticas sublimes del Catolicismo y se entregan con una credulidad ridi-

cula á las prácticas inmorales del espiritismo. Cuando el hombre se retira del templo del Dios vivo y abandona el culto católico, luego al punto se forja sus divinidades dentro de sí, ó fuera, en el mundo exterior, y se adora á sí mismo, ó rinde á las criaturas el culto de su inteligencia y los homenajes de su corazon que debia tributar al verdadero Dios. ¿No es verdad que vivimos en pleno paganismo? ¿Qué busca, que intenta, y qué hace el racionalismo sino procurar como Herodes la muerte de Jesucristo y restablecer el reinado de Satanás? Los templos que se desploman, las instituciones que se derrumban, las persecuciones que la Iglesia padece, los despojos y atropellos de que es víctima el Vicario de Jesucristo, la secularizacion de los organismos sociales, la violacion de los derechos de la religion católica, la descristianizacion de los pueblos, la deificacion del hombre miserable y la rehabilitacion de la carne, la libertad pasional y la que llaman *religion del placer* hé aquí lo que vemos y lo que tocamos, á saber; el intento de arruinar el trono de Cristo en los corazones y en las sociedades para levantar sobre sus ruinas el reino de Satanás, destruido hace diez y nueve siglos por el Dios de Belen y del Calvario.

Hé aquí los planes del liberalismo, enemigo capital de Cristo y de su Iglesia. El liberalismo no reconoce á Jesucristo como Dios ni admite la divinidad de la Re-

ligion católica, ni del culto católico, siendo para él indiferentes todas las profesiones religiosas, según las teorías de la escuela; mas en la práctica se advierte que su fin es el de Voltaire: *aplastar al infame*. La libertad de cultos, proclamada como uno de sus dogmas fundamentales y enaltecida como una de sus conquistas mas preciosas, no es otra cosa que la negacion de Jesucristo y de la Iglesia, la libertad de los cultos falsos y la opresion del verdadero. Y consiste en que Jesucristo no puede ser mirado con indiferencia. Ha sido puesto en medio del mundo *in signum*, para señal de amor ó de contradiccion. Es preciso adorarle como los Magos, ó aborrecerle como Herodes. Jesucristo no puede morir, no morirá su Iglesia, ni le faltarán adoradores. Huirá de los corazones que le rechazan y de las sociedades que le persiguen, siendo su ausencia ocasion de muerte y de ruina. *Ecce positus est in ruinam*. Pero no le faltarán corazones donde reinar; no le faltarán naciones y pueblos que le ofrezcan oro como á Rey, incienso como á Dios y mirra como á Redentor. ¡Desventuradas las naciones que rechazan á Jesucristo Dios, á Jesucristo Rey, á Jesucristo Redentor; porque vendrán á caer en los tres insondables abismos de donde habian salido merced al auxilio misericordioso del Hijo de Dios, á saber: caerán sin remedio en los horrores de la supersticion, de la tiranía y de la esclavitud. En

cambio, la Cruz de Jesucristo, signo de salud, de vida y resurreccion será trasplantada á otros pueblos que recibirán sus rayos divinos y se alimentarán de sus frutos. ¿Qué será de nosotros, hermanos míos, privados de la verdad que es Jesucristo, abandonados de Jesucristo que es nuestra luz, nuestra vida y nuestro consuelo? Ved lo que no puede ser visto sin lágrimas ni referido sin indignacion. Se ha ido Jesucristo de nuestra España como nacion, porque seducida por el liberalismo, encarnacion de Satanás, ha gritado soberbia é insensata como la nacion judaica: «No queremos que reine sobre nosotros.» Se ha ido de las regiones gubernamentales y nos ha dejado entre dos escollos inevitables, el despotismo y la anarquía; se ha ido de las leyes y son injustas, de la enseñanza y es anticientífica, herética é impia; se ha ido de los pactos humanos y prevalece el fraude, de la administracion y reina el desbarajuste, de las costumbres y triunfa la corrupcion, de las diversiones y se ostentan el vicio, la inmoralidad y el libertinaje.

¿Adonde iremos á parar por el camino de la impiedad y del pecado? No lo diré yo: Oid esta sentencia divina que tiene en su favor la historia de todos los siglos: Toda gente, todo pueblo, reino ó nacion que rechaza á Jesucristo, dice el profeta, perecerá sin remedio.

No hay dicha posible para las naciones que se rebelan contra

la soberanía de Jesucristo, que es la verdad, el camino y la vida.

Y ahora atended: No hay salvación para los cristianos que niegan á Jesucristo los homenajes de la fé, de la obediencia y de la gratitud. Yo no dudo que vosotros estais persuadidos de estas tres verdades, publicadas por los Angeles, creidas por los pastores y predicadas por los Magos, á saber: Reconoceis y confesais que Jesucristo es Hijo de Dios; reconoceis y confesais que Jesucristo es el Rey de los reyes y de los vasallos, Señor de los gobernantes y de los gobernados; reconoceis y confesais que Jesucristo es el Redentor del género humano, y en esta fé y con esta persuasión no podeis menos, para ser lógicos y buenos cristianos, para libraros de la muerte y alcanzar la vida eterna, no podeis menos, repito, que ofrecer á Jesucristo los misticos presentes de un amor encendido, de una sumision absoluta y de una gratitud sin límites.

Sed verdaderos cristianos, adorad á Jesucristo en espíritu y en verdad, asistid al santo sacrificio de la Misa, á los divinos oficios, á las prácticas piadosas y demás ejercicios del culto católico y habreis ofrecido á Jesucristo Dios el homenaje que le debeis como criaturas racionales y como católicos verdaderos.

Cumplid las leyes que ha dado á los hombres como Rey de las almas, y soberano absoluto, de las naciones, observad los mandamientos de Dios y de su Iglesia,

ajustad vuestros pensamientos, vuestras palabras y vuestras obras al código divino del Evangelio, y entonces podreis decir que ofreceis á Jesucristo Rey el orde la obediencia. Frecuentad la oración que atrae sobre las almas el rocío de la gracia, reprimid vuestras pasiones, mortificad vuestra carne, crucificad vuestros desordenados apetitos, confesad con dolor y llanto vuestros pecados, buscad en la Penitencia y en la Comunión las medicinas depositadas en estos admirables Sacramentos por Jesucristo nuestro Señor para sanar las llagas de nuestro corazon y devolvernos la salud y la vida, obrad de todo en todo como enseña la fé, como quiere la Iglesia, como lo pide vuestra conciencia, y habreis cumplido el deber que os impone la gratitud, ofreciendo á Jesucristo la mirra de la mortificación. Y luego conducidos por la estrella de la fé, caminad alegres hácia vuestro país que es el cielo donde Jesucristo glorificado recompensará vuestros servicios con los tesoros de su reino, Amen.

—  
MIGUEL.

(Continuacion.)

Y era que su buena madre iba en aquella misma hora á buscar el lecho vacío de su hijo ausente; era que levantaba al cielo sus *manos puras*, como recomienda el Apóstol, y pedia al Angel de la Guarda de aquel hijo tan amado,

un freno que le detuviese, un ejemplo que le enseñase, un consejo que le sirviera de guía... ¡Ah! ¡cuántos hijos extraviados no vuelven á la buena senda porque sus madres no oran por ellos! ¡Cuántos de esos hijos pecadores serian quizás otros tantos Agustines, si sus madres supiesen llorar las lágrimas de Mónica! ¡Cuántos de esos infelices tullidos del alma, descenderian al fin á la piscina de la gracia, si no pudiesen decir como el paralítico de Bethsaida: *¡Domine, hominem non habeo!* ¡Señor, no tengo quien me ayude!....

En cuanto á su padre, encogíase de hombros al saber las calaveradas de Miguel; reíase de lo que él llamaba *sus ocurrencias*, y tan solo le escribía para encargarle que tratase con el empresario de la plaza de los toros el ajuste del ganado de alguna corrida ó para enviarle buenas letras de cambio que le impidiesen pedir dinero prestado.

—Con tal que no tenga deudas —decía—dejarle que corra su caballo; que carrera que no da el potro, en el cuerpo se le queda... Ciencia no le hace falta, porque dinero le sobra.... Con un palmito como el que tiene, un nombre como el que lleva y 15,000 duros de renta, se casará con una princesa en cuanto los cascos se le asienten.

Mientras tanto, Mayo tocaba á su fin, los exámenes se aproximaban, y Miguel no sabía una palabra: las raras veces que asistía á clase, dormitaba durante las ex-

plicaciones, descansando de la jarana de la noche pasada, ó entreteníase en dibujar en traje de torero la caricatura del anciano profesor, cuando no leía novelas inmorales ó libros obscenos. Recordaba vagamente que Justiniano habia recopilado la Instituta, y en un raptó de entusiasmo por aquel Derecho Romano, que llaman antiguos y modernos la *razon escrita*, habiale puesto á su podenco favorito el nombre de Triboniano, sin que recordase á punto fijo si este ilustre personaje habia sido emperador ó general, jurisconsulto ó alcalde de barrio. Aconsejóle el catedrático, anciano respetable, amigo de algunas personas de su familia, que no se presentase á exámen; pero Miguel, con aquella insolente audacia que habia sustituido á su antigua timidez, pasó dos ó tres noches en claro, desvelándose á fuerza de café, para repasar ligeramente la asignatura: satisfecho con esto, presentóse cuando le llegó su turno, dispuesto á burlarse del tribunal ó armar alguna camorra, si no le ayudaban su despejo natural, su buena estrellita y la media docena de copas de aguardiente que á prevención habia tomado, esperando encontrar en ellas una elocuencia, sino muy espiritual, á lo menos muy espirituosa.

Preguntáronle la organizacion de la familia romana; y Miguel con intrincados razonamientos y algunas flores retóricas, contestó, que se componia, sobre

poco más ó ménos, de marido y mujer, hijos é hijas y alguno que otro criado. El catedrático, que le oyó desbarrar de aquel modo, le concretó mas la pregunta, deseando sacarle de alguna manera.

—¿Qué sucedía en la familia romana cuando moría el padre de ella?—le dijo.

—¿Pues qué había de suceder?—contestó entonces Miguel con tono compungido.—¡Qué todos tenían un disgusto atroz...!

Uno de los catedráticos se echó á reír, porque le creyó un necio; otro dió muestras de indignación, porque le juzgó un píllo; y el mas anciano, que le tuvo por ambas cosas, le dijo secamente.

—Bien.... ¿Qué tiene V. que decirme de la ley Furia-Caninia?

Diríale Miguel de hito en hito con el mayor descaro, y contestó al fin con todo el desparpajo de su desvergüenza.

—Que es la primera vez que la oigo nombrar.

Y tomando su sombrero se salió del tribunal, haciendo antes á los atónitos examinadores una profunda cortesía.

Esperábanle en la puerta los de su pandilla, celebrando con cargadas y groseros chistes la insolencia del estudiante: éste rompió de un puñetazo antes de salir de la Univesidad, el cuadro en que constaba, entre las calificaciones de los demás examinados, la suya de *suspenseo*; arrojó en la gran fuente del patio la gorra de un bedel que quiso re-

prenderle, y para celebrar el éxito de sus exámenes convidó á toda aquella canalla, cuyo arfitrion era siempre, á *correr una juerga* en la venta de Eritaña, famosa taberna, que se oculta tras los jardines de las Delicias, como un nido de sabandijas tras de una madre selva, y que puede ser punto de reunion para la *gente del bronce* de Sevilla.

Al pasar por la plaza de abastos, próxima á la Universidad, vió un monton de enormes calabazas de Rota: compró una que pesaba tres arrobas, y haciéndola empaquetar entre tablas, se la envió á su padre facturada por el tren y franca de porte, con un letrero que decía: *Fruto de un año de estudio.*

El padre se rió de la gracia; la madre la lloró en silencio.

(Concluirá.)

## LA CARIDAD MAS MERITORIA.

Habia una Reina tan buena y tan sumisa y guiada por la enseñanza de Dios, que daba con su virtud y saber decoro al trono, y con su ejemplo una gran lección á sus vasallos.

Estableció esta gran Reina un premio para aquel que en el año transcurrido hubiese hecho la mayor y mas perfecta obra de caridad, conociendo que era esto una gran enseñanza práctica al alcance de todas las inteligencias.

Quando llegó el plazo señalado

por élla, y estaba reunido un inmenso concurso presidido por la Reina en su trono, se acercó uno y dijo que había labrado en su pueblo un hermoso hospital para los pobres. El corazón de la buena Reina se llenó de gozo al oír esto, y preguntó al benéfico sujeto, si estaba el hospital concluido.

—Sí, señora—le contestó el interrogado;—solo falta poner en el frontispicio la lápida con letras de oro, en que conste en qué fecha y por quién fué construido el edificio.

La Reina le dió las gracias y se presentó otro.

—Este dijo que había costeado á sus expensas un cementerio en su pueblo, que de él carecía. Alegróse la virtuosa Reina de tan útil y caritativa obra, y le preguntó si estaba concluido, á lo que contestó el interrogado que sí, y que solo faltaba concluir el hermoso enterramiento que en el centro estaba construyendo para él y su descendencia.

Dióle gracias la Reina, y en seguida se presentó una señora que dijo que había recogido una pobre niña huérfana que se moría de hambre, y la había criado, dándole lugar de hija que no tenía.

—¿Os es útil en algo?—le preguntó la Reina.

—Sí, señora—contestó la interrogada—es tan dispuesta, que cuida de las cosas de la casa y me asiste á mí con esmero, por lo que la quiero tanto, que no consentiré que se case ni se separe de mí, mientras Dios me dé vida.

Celebró mucho la Reina esta digna obra de caridad, y fué distraída por un tropel; las gentes abrían paso á un hermoso niño, el que arrastraba trás sí á una pobre anciana de miserable aspecto, que hacía esfuerzos para desasirse de sus manos y huir de aquel lugar tan concurrido.

—¿Qué quiere ese gracioso niño?—preguntó la Reina, que no cerraba sus oídos, que eran mas de madre que de soberana, á ninguno que deseaba hablarle.

—Quiero—contestó el niño con mucha gravedad y dulzura—traer á vuestra magestad á la que ha merecido el santo premio que habeis instituido para la mayor y mejor obra de caridad.

—¿Y quién es?—preguntó la Reina.

—Es está pobre anciana—contestó el niño.

—Señora—dijo toda cortada y confusa la anciana—nada he hecho ni puedo hacer, porque soy una infeliz que vivo de la limosna.

—Y no obstante has merecido el premio—dijo en tono suave pero decidido el niño.

—Pues ¿qué ha hecho?—preguntó la noble Reina, que antes de todo quería ser justa.

—Me ha dado un pedazo de pan—respondió el niño.

—Ya veis, señora—exclamó apurada la anciana—¡ya veis, un mendrugo de pan!

—Es verdad,—repuso el niño—que no fué mas que un pedazo de pan; pero estábamos solos y fué el único pan que tenía.

La Reina alargó conmovida el premio á la caritativa pordiosera, y dijo que la caridad mas meritoria, era la que se hacia con una mano, sin que lo supiera la otra, y solo esperaba el galardón eterno.

Dios, presente en todas partes, bendijo á la grande y virtuosa Reina que destinaba un premio á la Caridad, y á la pobre y humilde anciana que lo habia merecido.

*Fernán Caballero.*

---

#### VARIETADES.

---

##### ABJURACION DE UN LUTERANO.

---

Noble, rico, licenciado en Derecho, dueño de una fortuna á los 20 años, el Sr. Barón Enrique de Behr, pasaba con alguna razon por un jóven feliz.

¡Dios le concedió la gracia de no serlo!

Disgustos precoces, y una dolorosa enfermedad le mostraron la nada de las vanidades humanas, y le obligaron á levantar la vista hácia el cielo. Rogó y estudió. Sus padres lo habian educado en la religion luterana. Con ayuda de la gracia, vió la iglesia católica, siempre una, siempre la misma, en medio de las variaciones perpétuas del cisma y de la herejía.

Recibida la luz, la resolución fué irrevocable: se hacia católico, apesar de todo, á despecho de todos.

Fué á Suiza, donde acabó de sanar. Leyó la curación maravillosa del señor abate de Muzy, y

quiso conocer al sacerdote venerable, objeto de tan señalados favores. El abate de Muzy iba á Lourdes y el Barón de Behr fué á encontrarlo allí, y bajo su direccion se preparó de la manera mas edificante para cumplir su grande acto.

El domingo, 21 de Setiembre, fiesta del Apóstol San Mateo; hizo su abjuración, delante de una numerosa concurrencia que llenaba la Cripta.

Ocho dias mas tarde estaba confirmado en la Gruta por Monseñor Fonteneau, Obispo de Aagen.

Después de haber dado gracias mucho tiempo á Nuestra Señora de Lourdes, ha ido á buscar á Roma una instrucción religiosa mas completa, y el secreto de vida más perfecta. — *Annales de Notre Dame de Lourdes.*

Su Santidad ha concedido en estos dias una audiencia muy conmovedora ciertamente. Un emperador y dos principes en miniatura, han sido admitidos á besar el pié al sumo Pontífice. Estos elevados personajes eran los niños que han obtenido los primeros premios en los exámenes de doctrina cristiana. Es costumbre en Roma, que todavía se conserva, vestir de las insignias de esta dignidad á los que obtienen los primeros lugares en el concurso que se celebra entre los niños que hacen la primera comunión en todas las parroquias de Roma.